

PATRIMONIO / Polémica en la Semana Santa onubense

El Consejo reunirá a las cofradías acusadas de «manipular» las imágenes de León Ortega

La Borriquita admite que restauró sus tallas pero afirma que no cambió la cara de la Virgen

HUELVA.- El presidente del Consejo de Hermandades y Cofradías de Huelva, Modesto Fernández Jurado, ha salido al paso de las manifestaciones vertidas ayer en este diario por Antonio León Ferrero, hijo del escultor ayamontino Antonio León Ortega, afirmando que «se va a reunir con los hermanos mayores de las hermandades aludidas». El objeto de este encuentro será recopilar información de primera mano y consensuar una postura.

Fernández Jurado añade que «se deben aportar pruebas para respaldar estas acusaciones» y que «si es cierto que algún proceso de restauración ha modificado sustancialmente alguna imagen pues que se actúe conforme a la Ley de Propiedad Intelectual, pero sí vamos a respaldar a las hermandades que hayan llevado a cabo el correcto proceso de restauración».

Jurado añadía que «no me imagino que algún hermano mayor fuera a permitir que se modificara el rostro de una imagen», al tiempo que apostillaba que «lo que no se puede decir de la Semana Santa de Huelva es que los hermanos mayores son unos insolentes o irresponsables». Por último, el presidente del Consejo manifestó que «desde que soy presidente, este señor —en alusión a León Ferrero— no se ha puesto nunca en contacto conmigo para comunicarme nada de lo que ahora denuncia». Jurado mostraba además su disposición a servir de mediador ante futuros procesos de restauración de obras de León Ortega, siempre y cuando este señor se ponga en contacto antes con las hermandades».

Por su parte, el hermano mayor de la Hermandad de la Borriquita, Carlos Longo, reconoció el hecho de que la hermandad realizó un proceso de



Modesto Fernández Jurado, a la derecha, momentos antes de presidir una sesión del Consejo de Hermandades. / A. L. D.

restauración entre los años 1998 y 1999, en el que se acometió «una limpieza del rostro de la Virgen y un tratamiento antiapollillamiento». Este proceso siguió los cauces establecidos para una reforma de este tipo, que pasan por la propuesta de la restauración de la imagen a través de la junta de gobierno, la posterior consulta al cabildo de hermanos y al párroco, y por último, la aprobación y obtención del permiso del Obispado de Huelva.

Trámites correctos

Longo aseguró a este diario que se respetaron todos los trámites, y que la restauración se encargó al artista Elías Rodríguez Picón, y que «no se modificó nada del rostro de la Virgen».

El hermano mayor de la Borriquita aseguró también que a la Virgen de los Angeles, tras la limpieza, hubo que restaurarle la policromía de la cara, englobando las pestañas, y los pómulos, a consecuencia de la retirada de los pendientes y los arañazos que le habían provocado en esta parte del rostro. En defensa de la hermandad, Longo esgrimió que también en los últimos tiempos «se ha cambiado la manera de vestir a la Virgen y eso puede provocar que su imagen parezca diferente, pero certifié que nunca se ha pasado la gubia por la imagen; a nadie en su sano juicio se le ocurriría hacer algo así».

Por último, Longo retó a León Ferrero a que demuestre que se ha modificado el rostro de esta imagen o del Cristo ti-

tular de la hermandad, también obra de León Ortega. Asimismo manifestó que «tengo la conciencia muy tranquila y en la próxima junta de gobierno trataremos el tema, reservándonos actuar legalmente si es oportuno contra estas acusaciones que no han sido probadas».

Mientras, y ante esta cascada de reacciones, Antonio León Ferrero advirtió que todas estas acusaciones «son fáciles de demostrar. Tan sólo hay que coger una fotografía de los años 80 y una actual, y se verán las modificaciones, que son mucho más que un simple proceso de restauración o consolidación». León Ferrero, además, informó que en unos 15 días remitirá un informe detallado al delegado provincial de Cultura, Juan José Oña.

«Al Cautivo le cambiaron el rostro y sin contar con nadie»

JAVIER PONS
HUELVA.- En plena resaca de las acusaciones vertidas por Antonio León Ferrero, hijo del escultor ayamontino Antonio León Ortega, las hermandades han reaccionado de distinta forma.

En concreto, el actual hermano mayor de la Hermandad del Cautivo, Antonio Infante, reconocía a este diario que la antigua junta de gobierno de la hermandad, presidida por Francisco Montero, acometió la reforma de la imagen del titular de la cofradía «sin contar

con nadie», un dato que reafirma las acusaciones vertidas por León Ferrero. Infante añade que «no se pidió permiso ni al párroco de la hermandad, Juan de la Rosa, y sostuvo que «al Cristo le cambiaron todo, las manos y el rostro».

Acusaciones contra la antigua junta de gobierno a las que se añade el hecho de que «dejaron 27 millones de pesetas cuando se marcharon y además rompieron todos los papeles». Infante desconocía las actuaciones de la junta que gobernó



Rostro del cristo Jesús Cautivo. / JULIAN PEREZ.

la hermandad durante el período comprendido entre los años 1992 y 1996, pero sí recuerda «el malestar de los her-

manos cuando se acometió la restauración».

Un malestar que se une al de Antonio León Ferrero, que ya declara-

ba a este periódico las supuestas agresiones sufridas por esta talla realizada por su padre en 1985, y que parece confirmarse con las declaraciones de Infante.

Es bastante significativo que además de esta posible modificación del original de León Ortega, bajo una restauración encubierta, la junta en cuestión se saltara los trámites que obligan a pedir permiso convocando al cabildo de hermanos de la hermandad, pasando después por el párroco y finalmente obteniendo el permiso del Obispado.

TRIBUNA

M. GARRIDO PALACIOS

Oleo puro

Le decía a Benito de la Morena que una exposición es algo así como unos corrillos situados en mitad de una sala en cuyas paredes hay colgados una serie de cuadros que apenas si se miran. A esto puede añadirse una mesa con un tapete a disposición de los primeros que lleguen y, por último, un pintor en soledad. Porque el ser humano no es que esté solo, sino que es solo, decía mi maestro. Lo que ya no sé es si por la cualidad de ser artista se siente uno más solo o qué. Un laberinto de soledades. Una soledad íntima.

Un operador a la cámara con el que corrí buena parte del mundo, Pedro Martín (cuando venían a Almería los directores americanos lo pedían a él), apenas hablaba en los rodajes. Cuando le marcaba un plano de trípode o pulso y terminaba de hacerlo bastaba con mirarnos y asentir por su parte, o, a lo más, y ya era sacarle peras al olmo mudo, soltaba: «Oleo puro». Era suficiente para saber que quedaba garantizado el trabajo.

Estas dos impresiones se me han mezclado en la exposición que cuelga en la sala del Monte desde principios de semana José Luis Domínguez, del que podría decir aquí que es doctor en Bellas Artes, profesor de Dibujo en la Universidad de Huelva, o que cuenta en su haber con un largo número de premios, o que fue invitado en el Salón de las Naciones de París, de la Unesco, o que su obra se abre a colecciones europeas y americanas. Todo eso y más podía decir. Pero no lo diré. Creo que el mejor título que puede ostentar es el de ser reconocido y valorado como pintor, así, sin más y sin menos, que parece poco, pero hay que serlo.

José Luis Domínguez me ha traído el recuerdo de Pedro Martín porque ambos juegan en sus obras —uno, cinematográfica; otro, pictórica— con la luz al límite. No le gustaba a Pedro —como a Magi, a Jorge, a tantos geniales operadores como ha habido y hay en España— iluminar más allá de lo que diera un diafragma de un 5,6, a pesar del peligro que entrañaba el foco por la escasa profundidad de campo. Y pasa que José Luis Domínguez no ciega la visión de lo que nos muestra en sus pinturas con una luz restallante, aunque el marco contenga plasmada una marina, un bosque, un mediodía en un pueblo, un charco, un alma. Maneja la luz soberanamente para mantenerla en su paleta y darla al lienzo en su justa proporción, esa que define y perfila al artista, esa que le da carácter, esa que lo distingue y lo hace ser y no estar solamente.

Mientras se hablaba en los corrillos del hiperrealismo, de *comositalcosa*, de lo cara que está la vida y de cuantos vocablos conforman el glosario de cualquier exposición, José Luis Domínguez —líneas recias acotando texturas, colores, espacios, vacíos, macizos y matices magistrales—, nos decía en sus cuadros que al pintar se sumerge en un universo silencioso en el que sobran medallas de latón de feria a tanto la docena, y cohetes de púrpura, y pérdidas de tiempo (que es lo único que tenemos y no tenemos a la vez) Y le faltan lienzos, muchos lienzos tersos para tallar en ellos a golpe de pincel todo ese *mundo dentro* a poca luz que él percibe y nos ofrece para compartirlo. Ese mundo mágico de las cosas tal como son tras cruzar el filtro del artista.

Creo que Pedro Martín, acostumbrado a filmar 24 imágenes por segundo, al parar en seco ante una sola de las que hace José Luis Domínguez, diría lo mismo que cuando el plano el salía perfecto, que era siempre: «Oleo puro».